

¡ Oh príncipes y bardos, en el castillo entrad !
 ¡ Abierta quedó, alondras, la arábica ventana !
 ¡ Viajeras golondrinas, ya apunta la mañana !
 Venid y en estas torres esbeltas anidad.

.....
 El paje se retira : no suenan en la alfombra
 Sus pasos, y se mira su vacilante sombra
 Cruzar los gobelinos del gótico salón :
 Después se aleja y huye por el jardín callado...
 ¡ Oh ruiñeñor que cantas en el gentil granado,
 ... Ya brillan los luceros : preludia tu canción !

1883.

PAX ANIMÆ

DESPUÉS DE LEER Á DOS POETAS

¡ Ni una palabra de dolor blasfemo !
 Sé altivo, sé gallardo en la caída,
 ¡ Y ve, poeta, con desdén supremo
 Todas las injusticias de la vida !

No busques la constancia en los amores,
 No pidas nada eterno á los mortales,
 Y haz, artista, con todos tus dolores
 Excelsos monumentos sepulcrales.

En mármol blanco tus estatuas labra,
 Castas en la actitud, aunque desnudas,
 Y que duerma en sus labios la palabra...
 Y se muestren muy tristes... ¡ pero mudas !

¡ El nombre!... ¡ Débil vibración sonora
 Que dura apenas un instante ! ¡ El nombre!...
 ¡ Idólo torpe que el iluso adora !
 ¡ Última y triste vanidad del hombre !

¿ Á qué pedir justicia ni clemencia
 — Si las niegan los propios compañeros —
 A la glacial y muda indiferencia
 De los desconocidos venideros ?

¿Á qué pedir la compasión tardía
De los extraños que la sombra esconde?
¡Duermen los ecos en la selva umbría
Y nadie, nadie á nuestra voz responde!

En esta vida el único consuelo
Es acordarse de las horas bellas,
Y alzar los ojos para ver el cielo...
Cuando el cielo está azul ó tiene estrellas.

Huir del mar y en el dormido lago
Disfrutar de las ondas el reposo...
Dormir... soñar... el Sueño, nuestro mago,
¡Es un sublime y santo mentiroso!

... ¡Ay! Es verdad que en el honrado pecho
Pide venganza la reciente herida...
Pero... ¡perdona el mal que te hayan hecho!
¡Todos están enfermos de la vida!

Los mismos que de flores se coronan
Para el dolor, para la muerte nacen...
Si los que tú más amas te traicionan
¡Perdónalos, no saben lo que hacen!

Acaso esos instintos heredaron,
Y son los inconscientes vengadores
De razas ó de stirpes que pasaron
Acumulando todos los rencores.

¿Eres acaso el juez? ¿El impecable?
¿Tú la justicia y la piedad reunes?
...¿Quién no es fugitivo responsable
De alguno ó muchos crímenes impunes?

¿Quién no ha mentido amor y ha profanado
De una alma virgen el sagrario agosto?
¿Quién está cierto de no haber matado?
¿Quién puede ser el justiciero, el justo?

¡Lástimas y perdón para los vivos!
Y así, de amor y mansedumbre llenos,
Seremos cariñosos, compasivos...
¡Y alguna vez, acaso, acaso buenos!

¿Padeces? Busca á la gentil amante,
Á la impasible é inmortal belleza,
Y vé apoyado, como Lear errante,
En tu joven Cordelia: la tristeza.

Mira: se aleja perezoso el día...
¡Qué bueno es descansar! El bosque obscuro
Nos arrulla con lánguida armonía...
El agua es virgen. El ambiente es puro.

La luz, cansada, sus pupilas cierra;
Se escuchan melancólicos rumores,
Y la noche, al bajar, dice á la tierra:
— ¡Vamos... ya está... ya duérmete... no llores!

Recordar... Perdonar... Haber amado...
Ser dichoso un instante, haber creído...
Y luego... reclinarse fatigado
En el hombro de nieve del olvido.

Sentir eternamente la ternura
Que en nuestros pechos jóvenes palpita,

Y recibir, si llega, la ventura,
Como á hermosa que viene de visita.

Siempre escondido lo que más amamos:
¡Siempre en los labios el perdón risueño;
Hasta que al fin, ¡oh tierra! á ti vayamos
Con la invencible laxitud del sueño!

Esa ha de ser la vida del que piensa
En lo fugaz de todo lo que mira,
Y se detiene, sabio, ante la inmensa
Extensión de tus mares, ¡oh Mentira!

Corta las flores, mientras haya flores,
Perdona las espigas á las rosas...
¡También se van y vuelan los dolores
Como turbas de negras mariposas!

Ama y perdona. Con valor resiste
Lo injusto, lo villano, lo cobarde...
¡Hermosamente pensativa y triste
Está al caer la silenciosa tarde!

.....

Cuando el dolor mi espíritu sombrea
Busco en las cimas claridad y calma,
¡Y una infinita compasión albea
En las heladas cumbres de mi alma!

1890.

LAS ALMAS HUÉRFANAS

A Ignacio M. Luchichí.

I

En las noches de insomnio medroso,
En el lecho, ya extinta mi lámpara,
Por la sombra, cual niño extraviado
Que no encuentra, y la busca, su casa,
Va llorando, pidiendo socorro,
Por la sombra infinita mi alma.
Desconozco los sitios que cruzo;
Yo no he visto jamás esas caras;
Tienen ojos y á mí no me miran;
Tienen labios y á mí no me hablan.
¡Qué ciudad tan hermosa y tan grande!
¡Cuánta gente por las calles y plazas!
¡Cómo corre hervorosa la turba
Y atropella, derriba y aplasta!
Ennegrece los aires el humo
Que en columnas despiden las fábricas.
¡Qué suntuosos palacios! ¡qué luces!
Y las torres ¡qué altas! ¡qué altas!
Y estoy solo, y á nadie conozco;
Oigo hablar, y no sé lo que hablan,
Si pregunto, no entienden y siguen...
¡Oh mis padres! ¡mi casa! ¡mi casa!

¿Será sueño? ¿Fué cierto que tuve
 Un hogar, la casita callada,
 Tan alegre, tan fresca por fuera
 Y por dentro tan pura, tan santa?
 El balcón, siempre abierto de día
 Y cruzado por mística palma,
 Á la luz semejaba decirle:
 Aquí hay dicha y virtud: Pasa, pasa.
 De mi padre el cabello muy blanco
 Y los muros color de esas canas,
 En los tiestos muy frescas las rosas
 Y de rosa vestida mi alma.
 ¡Qué bien sabe, entre risas, la cena
 En el lecho albeaban las sábanas
 Y allí el sueño y el beso materno
 Y el tranquilo esperar la mañana!

¿Cómo fué? Yo salí con alguno...
 La viviente, brutal marejada
 Me arrastró... volví luego los ojos
 Y estoy solo... ¡mi casa! ¡mi casa!

¡Pobre espíritu, débil, perdido
 Entre gente egoísta y extraña!
 ¡Pobre ciego que cruzas tocando
 Tristes cosas de amor en tu arpa!
 Ya no sigas pidiendo limosna,
 Ya no tiendas tus manos heladas,
 Ya no cantes, que nadie te escucha,
 Y en la tierra por siempre descansa.
 Estoy solo, en tinieblas: — ¡Dios mío!
 ¡Todo mudo! — ¡Mi Dios! ¡Todo calla!

¿También tú, de los huérfanos padre,
 Te quedaste, señor, en mi casa?
 Habrá un Dios para estas ciudades;
 Pero no es aquel Dios de mi alma,
 No me oye, no entiende mi lengua,
 Y también apartándose pasa.
 ¿Qué, soy otro? ¿Ya no me conoces?
 ¿Tal mi cuerpo cambió la desgracia?
 ¡Ah: tú no eres el bueno, ni el mío,
 Falso Dios de las gentes extrañas!

Poco á poco la sombra poblaron
 En tropel invadiendo mi estancia.
 Seres mudos: tan sólo se oía
 El rumor de sus trémulas alas.
 Y después, cual si todos unidos
 Consiguieran ligar la palabra,
 Que dispersa en brevísimas plumas
 De sonidos deshechos volaba,
 Tenue canto de súbito alzaron,
 Como el ramo despide fragancia,
 Como se une la luz de los cirios
 En el gran candelabro de plata,
 Y juntando en el aire sus haces
 Claridades intensas derrama.
 Hubo luz en mi noche sombría,
 No era, no, la maldita mi alma;
 Sollozaba en la noche, errabunda,
 Como triste molécula humana,
 Como parte doliente del Todo
 Que anda á tientas buscando su casa.
 Y las ví, sí, las ví, soñadoras...
 ¡Eran ellas, mis buenas hermanas,

Las que abrieron los ojos en cunas
 Por el padre ya muerto enlutadas,
 Y de aquella que dióles la vida
 ¡ Sólo vieron las últimas lágrimas !
 Las que deja el Destino en el torno
 Como expósitas tristes ; las blancas
 Criaturas que el vicio abandona,
 Y, viniendo de noble prosapia,
 Sienten luego crecer los impulsos
 Que guardó el atavismo en su raza.
 Son las hijas de padres muy ricos
 Que en miseria dejó la desgracia.
 Volar quieren, y tientan convulsas
 El lugar do tuvieron las alas.
 Llora más, llora más, pena mía,
 Por las otras: no estás solitaria !

En la sombra lo blanco decía:
 ¡ Oh mis padres ! ¡ mis padres ! ¡ mi casa !

II

Tú, poeta de pálido rostro,
 El de húmeda y verde mirada,
 Cual teñida con gotas de absintio,
 ¿ Qué pedistes á Dios ? — Esperanza. —
 A tu lado, Mimí, juguetona ;
 La mantilla andaluza flotaba,
 Y en sus góndolas áureas salían
 Deslumbrantes los *Cuentos de Italia*.
 Apurando la copa de ajeno
 ¿ Qué pediste ? — ¡ Esperanza ! ¡ Esperanza ! —

Ese es el filósofo austero ;
 Veces mil por la angosta ventana,
 Por la ojiva del templo, le vieron
 De rodillas las luces del alba ;
 Mas tocaron clarines de guerra,
 Convocó la Verdad á batalla
 Y la fe de aquel pecho creyente
 Se alejó como ave asustada.
 Quiso al templo volver ; ¡ pero en vano !
 Á Jesús busca siempre ; le ama,
 Como se ama la rosa marchita
 Que de amores pasados nos habla ;
 Con amor de recuerdo, muy triste,
 Como luz vacilante de lámpara,
 Con ternura de hijo que besa
 Un retrato, un rosario, una lápida.
 Labró en mármol la hermosa capilla
 Donde yace el Jesús de su infancia,
 Y quisiera decirle : ¡ En ti creo,
 Sé mi Dios y levántate y anda !
 Pero el Cristo ¡ qué exangüe ! Sus ojos
 ¡ Qué apagados ! Su frente ¡ qué pálida !
 Ya no tiene más sangre su cuerpo
 Para dar fuerza nueva á esa alma:
 Pide al arte el filósofo austero
 Una fresca, mullida almohada,
 Duerme á veces y grita en el sueño:
 ¡ Oh mis padres ! ¡ mis padres ! ¡ mi casa !
 Y tú, italo de tétrico aspecto,
 Amador de la musa pagana,
 Tú, nacido á gozar como Ovidio
 En el coro gentil de las gracias,

Y clavado, infeliz Prometeo,
 En la cruz, para pasto de águilas;
 Tú, que en torno á tu roca no viste
 Las piadosas oceánides blancas,
 ¿Qué dijiste á la vida, poeta?
 — Te aborrezco por dura y por mala.
 ¡Oh fortuna! Por dicha no engendro.
 ¡No te ayudo! — ¿Qué pides? — ¡La nada!

Mas también ¡oh, poeta! sentías
 De otra luz, de otra fe la nostalgia;
 Eras tú para Grecia; en las naves
 De la Chipre riente soñabas,
 En las rosas de Jonia; en las ninfas
 Que desnudas riendo besaban;
 En los dioses que fueron tan bellos,
 En lo vivo que ahora es estatua,
 Y también sollozando decías:
 ¡Oh mis dioses, mi Atenas, mi patria!

Como arcángel de negra armadura;
 Retorcida, fulminea la espada,
 Gladiador en el suelo caído,
 No de frente, no inerme, de espalda,
 Endereza su busto apolíneo
 Apoyado en la mano que sangra
 El cantor de la ira, y osado
 Con el cielo impasible se encara.
 La blasfemia forceja en su boca,
 Es de acero su aguda mirada

Que á cruzarse tal vez con el rayo
 En certera actitud se prepara.
 Ha caído, la tierra quemóle
 Como bruja infernal una planta,
 Mientras gráciles, leves reían
 En aligera tropa las hadas.
 Ha caído: ¿Qué pide? — La muerte,
 El selvático potro que arrastra
 A Mazzeppa infeliz en la selva,
 Para huir entre espumas de rabia;
 El barranco, el torrente, la tumba,
 ¡El puñal de Manfredo! ¡Venganza!

Busca á Dios: no le encuentra; iracundo
 Llama al Diablo; tampoco le halla;
 Y agoniza, diciendo á clamores:
 ¡Oh luzbel! ¡Oh mi dios, oh mi raza!

Y tú mismo, poeta marmóreo,
 El olímpico, augusto monarca
 De las quietas regiones en donde
 Se disfruta el placer, no se ama;
 Tú, feliz por amado, y no amante,
 De las rubias muy rubias, muy blancas,
 — ¡Luz! ¡más luz! moribundo decías
 Al entrar en la sombra tu alma.

¡Ay! es cierto que todos decimos
 como Rückert: ¡Dadme alas! ¡Dadme alas!

III

¡Oh Destino! La lluvia humedece
 En verano la tierra tostada;
 En las rocas abruptas retozan,
 Su frescor esparciendo las aguas;
 Pero el hombre de sed agoniza,
 Y sollozan las huérfanas almas:
 ¿Quién nos trajo? ¿De dónde venimos?
 ¿Dónde está nuestro hogar, nuestra casa?

1890.

Á LA SEÑORITA

ELENA ITUARTE Y MORENO

 EN SU ÁLBUM

Como templo es tu álbum: por sus naves
 Sólo deben cruzar las almas buenas:
 En sus ojivas, anidar las aves,
 ¡Y erguirse en el altar las azucenas!

Como templo es tu álbum: en sus muros,
 De mármol transparente fabricados,
 Desde sus nichos, tímidos y puros,
 Los ángeles te ven arrodillados.

Tú ocupas el altar: virgen hermosa,
 Como el ángel Gabriel en la belleza,
 Entre tus manos de marfil y rosa
 Muestras el lirio azul de la pureza.

No soy digno de entrar en el Santuario:
 No tocarán mis plantas su recinto,
 Ni mi convulsa mano el incensario
 Donde arde y se consume el terebinto.

TOMO II.

10

Déjame, pues, que del cancel de plata
Abra la cincelada puertecilla
Y en el mármol de la ancha escalinata
Doble calladamente la rodilla.

1890.

MIS ENLUTADAS

Descienden taciturnas las tristezas
Al fondo de mi alma,
Y entumecidas, haraposas brujas,
Con uñas negras
Mi vida escarban.

De sangre es el color de sus pupilas,
De nieve son sus lágrimas:
Hondo pavor infunden... yo las amo
Por ser las solas
Que me acompañan,

Aguárdolas ansioso, si el trabajo
De ellas me separa,
Y búscalas en medio del bullicio,
Y son constantes,
Y nunca tardan.

En las fiestas, á ratos se me pierden
Ó se ponen la mascara,
Pero luego las hallo, y así dicen:
— ¡Ven con nosotras!
¡Vamos á casa!

Suelen dejarme cuando sonriendo
 Mis pobres esperanzas
 Como enfermitas, ya convalecientes,
 Salen alegres
 Á la ventana.

Corridas huyen, pero vuelven luego
 Y por la puerta falsa
 Entran trayendo como nuevo huésped
 Alguna triste,
 Lívida hermana.

Ábrese á recibirlas la infinita
 Tiniebla de mi alma,
 Y van prendiendo en ella mis recuerdos
 Cual tristes cirios
 De cera pálida.

Entre esas luces, rígido, tendido,
 Mi espíritu descansa;
 Y las tristezas, revolando en torno,
 Lentas salmodias
 Rezan y cantan.

Escudriñan del húmedo aposento
 Rincones y covachas,
 El escondrijo do guardé cuitado
 Todas mis culpas,
 Todás mis faltas.

Y urgando mudas, como hambrientas lobas,
 Las encuentran, las sacan,
 Y volviendo á mi lecho mortuorio
 Me las enseñan
 Y dicen : habla.

En lo profundo de mi ser bucean,
 Pescadoras de lágrimas,
 Y vuelven mudas con las negras conchas
 En donde brillan
 Gotas heladas

Á veces me revuelvo contra ellas
 Y las muerdo con rabia,
 Como la niña desvalida y mártir
 Muerde á la harpía
 Que la maltrata.

Pero en seguida, viéndose impotente,
 Mi cólera se aplaca,
 ¡Qué culpa tienen, pobres hijas mías,
 Si yo las hice
 Con sangre y alma?

Venid, tristezas de pupila turbia,
 Venid, mis enlutadas,
 Las que viajáis por la infinita sombra,
 Donde está todo
 Lo que se ama.

Vosotras no engañáis: venid, tristezas,
¡Oh mis criaturas blancas
Abandonadas por la madre impía,
Tan embustera
Por la esperanza!

Venid y habladme de las cosas idas,
De las tumbas que callan,
De muertos buenos y de ingratos vivos...
Voy con vosotras,
Vamos á casa.

1890.

EN UN ABANICO

Ojos de negros espejos
Más que la mar agitados,
Decid si estáis enlutados
Por los que amando de lejos
Se mueren de enamorados ;
¡Ojos de negros espejos
Más que la mar agitados!

1883.

VERSOS A INCÓGNITA

¡Y era verdad!... Aquel día
Pasó la ventura mía,
Cerca, muy cerca de mí!
Tuve tu amor á mi lado,
Todo de blanco ataviado,
¡Y yo entonces no lo ví!

Al compás de lenta danza
Habló quedo mi esperanza
Y los ojos entreabrió;
Pero luego, vergonzosa
Por humilde y haraposa,
Tristemente los cerró.

Id ahora, mis canciones,
Id, oh castas ilusiones,
Id, oh dichas que soñé,
Amorosas, compasivas,
Á cubrir de siemprevivas
¡La esperanza que maté!

¡Ah! ¡Por eso lloro ahora,
Prometida soñadora
Al amor de un soñador,
Y mi vida enamorada,
Toda de negro ataviada,
Va llorando sin tu amor!

¡Alma, tuvistes un nido!
Alma, que nunca has creído
Y no te atreves á hablar :
En esa noche te oyeron....
Y nido y alma cayeron
¡Á lo más hondo del mar!

.....

Atardece en el piano :
De la blanca, grácil mano
Ya la danza se escapó...
Iba el bote en la laguna,
En el bote mi fortuna...
Y ya el bote se perdió!